Nombre de la obra :Extraño Hallazgo

Autora: Griselda Isaida Morand

Villa Angela "Chaco"

categoría: Adulto Mayores

Extraño hallazgo

Nuestro padre nos había dado una orden que no se discutió en absoluto. Ese domingo se celebraba en el Club Juventud Agraria de la Colonia Juan José Paso, el Día del Agricultor y, como era tradición, se realizaría un almuerzo popular que siempre resultaba multitudinario. Nosotros, los jóvenes debíamos servir las largas mesas y empeñarnos en que nada faltara. A la noche tendríamos la recompensa de asistir al baile, generalmente animado por dos o tres orquestas.

Acatábamos la orden con complacencia, porque significaba un reencuentro con nuestros amigos. Conversábamos en los prolegómenos, nos contábamos chistes, nos citábamos para el baile de la noche ¡Era una fiesta total!

Ese 8 de septiembre fuimos con anticipación para preparar las mesas, acarrear las sillas, colocar los centros de mesas elaborados por manos habilidosas, que eran ikebanas con capullos de algodón, frutos de esta tierra prodigiosa. Cuando terminamos esa faena, nos colocamos el delantal y esperamos la voz de ¡Aura! para emprender la tarea encomendada. Apostamos a quiénes serviríamos mejor, siguiendo las indicaciones de un adulto, quien a la vez sería el juez. Debíamos hacerlo por la izquierda con rapidez y amabilidad, desde las puntas de las mesas al centro y luego hacia los laterales, intentando que todos recibieran la comida al mismo tiempo. Los cuatro obreros que lo lograran más velozmente, recibirían el aplauso general e irían a ayudar en las demás mesas.

Todo se hacía en un clima de armonía y buen humor ¡Estábamos orgullosos de la gran fiesta de la Colonia y lo demostrábamos vigilando que nada faltase y que los glotones fueran servidos al instante. Luego venía la sobremesa con números artísticos de la escuelita y la animación de algún conjunto chamamecero y la reunión seguía hasta media tarde, cuando había que volver a la casa, descansar un poco y prepararse para el baile. Era ahí cuando nos tocaba recoger los restos de comida, juntar los manteles, levantar sillas y mesas y dejar la pista limpia y preparada para la noche. Algunos desertaban, pero en general arremetíamos con entusiasmo y en un santiamén completábamos la tarea.

Así fue que levantando el mantel, encontré aquel objeto perdido, que llamó mi atención y la de mis compañeros. ¿Quién de los comensales se lo había olvidado? ¿Qué extraño resultaba! Por lo general se encontraba alguna cinta para el cabello, una pulserita, algún botón, pero eso…

Lo llevé al adulto que lideraba al grupo y su asombro no tuvo límite. Me ordenó guardarlo de inmediato y llevarlo a casa hasta que lo reclamaran. Así lo hice y esperé que durante el baile alguien denunciara la pérdida, pero no fue así.

En los días siguientes aún seguíamos comentando el éxito de la fiesta en su totalidad, recordando los vecinos y amigos que veíamos de vez en cuando, que para esa celebración eran infaltables, pasándonos los comentarios halagüeños que habíamos recibido; cuando tuvimos esa extraña visita.

Una señora de la ciudad, reconocida comerciante, llegaba con cierto recelo a nuestra casa. La recibimos con amabilidad y luego de repasar las plantas del jardín, hablar del tiempo y recordar la hermosa fiesta pasada, ella se animó a preguntar tímidamente: -En la mesa donde ustedes sirvieron no encontraron mi dentadura postiza?-

Se la devolvimos encantados, pero nunca olvidamos aquel episodio sorprendente.

Autora: Griselda Isaida Morand